

Flora y yo no éramos comunistas. Ni éramos comunistas, ni ninguna otra cosa. No éramos, desde luego, jóvenes, en el sentido popular de la palabra. Porque ocurría que la juventud que nos rodeaba y de la que cronológicamente éramos parte, estaba muy distanciada de nosotros. Mejor dicho, estábamos nosotros muy distanciados de ella. Era un asco inconcebible el que sentíamos por aquella nueva especie de la que tanto se ocupaban los libros y periódicos de la última hora española. Su lenguaje, su aspecto y sus costumbres nos asfixiaban. Bajo sus pretendidos aires libertarios se escondía una vulgaridad agresiva e intolerante. Era la falsificación sin disculpa, disfrazada de autenticidad, elogiada por los garbanceros de la pluma. La acracia desmilitarizadora, irreverente y consumista, nos repugnaba tanto como el conservadurismo autoritario de antaño, por la simple y sencilla razón de que la considerábamos como una forma más de tiranía. Nuestra marginalidad era la verdadera. La otra, la de los profesionales de la anfetamina, la de los analfabetos citadores de Chomsky, era la falsa. De los genuinamente marginados no habla nunca nadie, y nadie hablaba de nosotros. Esa era la gran prueba.

A Flora y a mí nos gustaban ciertas representaciones gráficas, desprovistas de su posible valor simbólico: las hoces, los martillos, las lechuzas, las multitudes incoloras, las barbas de Marx, los viejos libros rojos (ya no se veían apenas) que los chinos sacudían en el aire como la gente común suele sacudir un termómetro. ¡Qué majestuoso era todo aquello! ¡Y qué inofensivo! A Flora y a mí nos entusiasmaba lo inofensivo. Nuestra única rebeldía visible era la de acostarnos a las nueve.

La sordera de Flora, tan inquietante, tan amenazadora para el buen suceso del proyecto, revelaba a veces su cara favorable. Sí, aquel defecto la impediría gozar de los rumores orientales. Pero, ¿no le había servido durante años para hacer frente a la chusma de los cantores? Los cantores, especialmente los cantores viejos, son una plaga de la que todas las personas civilizadas se defienden como pueden. Estoy refiriéndome ahora a los cantores de escuela, tenores y barítonos en particular; a los que cantan con el pecho. Yo le había dicho a Flora lo que ese tipo de cantores significaba en la sociedad moderna, y ella se había quedado atónita. La explicación había resultado muy costosa. Pero entre señas, gráficos y gritos, Flora había logrado entender el asunto.

—Mira —le decía yo cuando nos tropezábamos por la calle con algún cantor envejecido—: ése es un cantor de los que yo te hablaba.

Como Flora era mujer de una inteligencia excepcional, aprendió pronto a identificarlos sin que yo le dijera nada, y era ella la que me daba con el codo cuando veíamos alguno. No hacía falta que cantasen para poder descubrirlos. Viéndolos, era facilísimo darse cuenta de su psicología atroz, de su vanidad sin límites. Y oyéndolos —cosa que a mi novia le resultaba imposible—, no digamos.

Un día se le ocurrió a Flora una idea genial: la de obtener información sobre lo que en la China se pensaba sobre el particular. Fuimos a la Embajada, y allí, tras corta espera, nos recibió un hombrecillo muy amable, de gafas, con holgado traje de mil rayas y enorme corbata roja. Resultó ser el agregado cultural, y prestó cuidadosa atención a la pregunta que le hacíamos. Al terminar yo de exponerle la razón de nuestra visita, su pequeña cara amarilla se esponjó de satisfacción, y dijo sin poder reprimir una sonrisa de orgullo:

—¿Cantoles? No. En la China no tenemos de eso.

Tenían coros, agrupaciones folklóricas, compañías dedicadas al fomento de la música popular. No descartaba la posibilidad de que, si la partitura lo pedía, interviniese de cuando en cuando algún solista. Pero, en cualquier caso, su participación sería mínima, ya que la misión fundamental de aquellas voces solitarias era resaltar más el efecto de conjunto, y no a la inversa. En otras palabras, que el solista era el acompañante, no el acompañado; que su misión artística no era la de destacar, sino la de ocultarse. Por ejemplo, en una composición concebida como pieza de gran sonoridad, espectacular y brillante, el solo tendría un carácter monocorde, transitorio y mate, lo cual despertaría en la audiencia el deseo urgente de que el cantor se callase cuanto antes.

Flora y yo celebramos la noticia con alegría inexpresable.

De manera que nos íbamos. Sopesando las ventajas y los inconvenientes, empezaba a estar claro que las primeras superaban con mucho a los segundos. El único peligro grave era que, en el transcurso de aquel enorme viaje, tuviéramos la mala suerte de caer enfermos, en cuyo caso la aventura perdería todo su sentido. O que muriésemos. Esto último podía acontecer de mil modos diversos. Aun concediendo que los trenes de la China fuesen lentos y seguros, no podía descartarse la eventualidad de un descarrilamiento. Verdad es que, en comparación con otras naciones, el índice de catástrofes era allí muy inferior al de los demás países principales del mundo. Pero ocurrían. Se hablaba de que algunas veces había naufragios multitudinarios en el Huang Ho, es decir, en el río Amarillo, y en sus afluentes principales. Para cruzar la China no había más remedio que atravesar muchos ríos de aquellos a bordo de barcazas y juncos cuya construcción podía ser muy defectuosa.

Yo le expuse a Flora la situación con la mayor honestidad posible. Hubiera sido jugar sucio no hacerlo. Sin exagerar, con objetividad fotográfica, se lo dije. Mi sinceridad es brutal para ciertas cosas. Y una tarde, mientras paseábamos por los lugares de costumbre, comuniqué a Flora, con detallismo de orfebre, los riesgos implícitos en el hecho simple de vadear una vía de agua en una de aquellas embarcaciones. No una vía de agua solamente, sino varias. Era necesario atacar con franqueza aquel punto; Flora no sabía nadar y, además, tenía un hijo.

3

Lo del hijo de Flora era una de esas pesadillas que pueden condicionar hasta la amargura la vida de una persona. Flora era soltera, de treinta años, pero tenía un hijo, un hijo normal, internado en un colegio de jesuitas.

Las mujeres solteras con hijos son y han sido siempre legión innumerable. Es un fenómeno muy común que, en los epílogos de una fiesta de fin de año, o en los amenes de un baile de disfraces o de una verbena, los hombres y las mujeres decidan acostarse juntos sin la menor intención de dar un hijo al mundo, sino con el simple propósito de pasarlo bien. Las consecuencias de estas expansiones sexuales son de todos conocidas. Por algún motivo secreto, son consecuencias desmesuradas si se las compara con el acto del que proceden. El hecho mismo de hacer el amor es de una sencillez asombrosa, tanto para el varón como para la hembra. Es, además, una operación placentera en extremo, inocente y divertida. No se explica, repito, que de un acto tan simple hayan de surgir tan graves

resultados como los de tener un hijo o una hija, nuevos seres compuestos de alma y cuerpo, con responsabilidades y derechos, sujetos a las leyes inexorables de la vida.

Sí, Flora tenía un hijo de padre desconocido. Y como ella era una mujer con alto sentido de la obligación y de la justicia, se preocupaba de la criatura con todo el cuidado y el cariño de que era capaz. Quería lo mejor para él.

El niño se llamaba Federico y tendría por aquellas fechas unos nueve o diez años. Flora, como era sorda, lo había internado en un colegio de jesuitas, pensando que los jesuitas le darían la educación apropiada. Flora era católica, y su elección de la Compañía de Jesús no era descabellada, ni muchísimo menos. Se ha calumniado mucho a la Compañía de Jesús, sin tener en cuenta la inmensa labor intelectual y social que ha desempeñado desde su fundación hasta nuestros días. A San Ignacio de Loyola tiene el mundo bastantes cosas que agradecerle.

Cuando los padres de Flora vivían, el niño había estado bajo la tutela de sus abuelos. Muertos éstos, Fede pasó al internado. Flora iba a verlo muy a menudo, le ayudaba con las tareas, le daba buenos consejos y colaboraba con los jesuitas en la formación espiritual del muchacho. Al niño no le faltaba de nada. Tenía dormitorio individual y todo lo demás.

Hubo momentos en los que pensamos llevar a Fede con nosotros. Pero el padre Arregui, director del colegio, dijo que sería mucho más prudente dejarlo donde estaba. De lo contrario, perdería curso. Hay en la vida ciertas cosas que deben evitarse por todos los medios, y una de ellas es la de que los hijos propios pierdan curso. Así lo entendía el director, y así lo entendía también Flora.

—No —dijo el padre Arregui cuando Flora y yo fuimos a consultarle la materia—. Federico está muy a gusto con nosotros, es un chico trabajador y estudioso, y sería un error imperdonable obligarlo a perder curso sin necesidad. Yo entiendo que hay a veces circunstancias imprevisibles que nos fuerzan a hacer lo que no queremos. Pero, gracias a Dios, este caso es diferente. El muchacho está aquí bien atendido, se hace cargo de la situación, y quiere quedarse. ¡Ya visitará la China cuando sea mayor y haya conseguido labrarse un porvenir! Para visitar la China siempre hay tiempo en la vida, ¿no le parece a usted?

Flora asintió con la cabeza, una vez que el padre Arregui había dicho lo que tenía que decir. Para no perder ni una palabra del breve sermón, Flora había pegado la oreja a los labios del cura y lo había oído todo perfectamente.

Dejaríamos a Federico tranquilo. Que aprendiera matemáticas y latín; que fuese adquiriendo una formación. Flora, como es natural, lo echaría de menos. Esa era su gran pesadilla: echar de menos a Fede. Se le saltaban las lágrimas al pensar en la separación, aunque sólo fuera una separación de meses. Es siempre doloroso que las madres se distancien de los hijos. Si Flora tenía dudas sobre el viaje, todas provenían de esta circunstancia. Y con razón. Flora estaba unida a Federico por el vínculo de la maternidad. El amor de Flora hacia Federico era puro y necesario, de la misma clase que el que siente la loba por sus lobeznos o la vaca por sus chotos.

Fede era un buen muchacho, y a Flora le hubiera gustado llevárselo o, por lo menos, dejarlo al cuidado del agregado cultural mientras nosotros estuviéramos en la China. Esto último, como es obvio, era una fantasía irrealizable, pero tenía su razón de ser:

En primer lugar, Flora —sin perderle enteramente la confianza— abrigaba algún

recelo con respecto al padre Arregui. Sabido es el afán proselitista de los miembros de la Compañía de Jesús. Estando la madre ausente, ¿no le hablarían los jesuitas al niño sembrando en su alma inquietudes religiosas, animándolo a ingresar en el Seminario Menor cuanto antes, urgiéndolo a abrazar el hábito de San Ignacio? El peligro de una infatuación mística le ponía a Flora la carne de gallina.

En segundo lugar, dejar a Federico en la Embajada tendría la enorme ventaja de dejarlo en territorio nacional chino, el mismo territorio que, a miles de kilómetros de distancia, Flora y yo estaríamos visitando simultáneamente. Aunque el distanciamiento físico fuera el mismo, se vería espiritualmente disminuido. Federico estaría, como nosotros, rodeado de chinos por todas partes, pisando suelo oriental, comiendo arroz con criadillas, recordando a su madre día y noche.

Por último, era indiscutible que el agregado cultural había dado muestras de ser una bellísima persona. En esta apreciación coincidíamos Flora y yo de manera unánime. A mí me habían hablado alguna vez de agregados culturales de otros países, y siempre me habían hablado mal. La gran mayoría, según contaban, ni pisaba las embajadas. Por lo general, los agregados culturales no cumplían con su obligación. Cobraban sueldos enormes por un trabajo que hacían otros. Los secretarios y secretarías de los agregados culturales eran los que siempre terminaban pringando a base de bien. Sin embargo, el diminuto agregado de la Embajada china, a quien habíamos conocido cuando el asunto de los cantores, era un individuo ejemplar. Modesto, sencillo, limpio. Si la comparación fuese permisible, recordaba un poco el agregado, en su apariencia, a aquellos capullos amarillos y sedosos que a Flora le gustaban tanto.

A pesar de la validez teórica de estos razonamientos, ¿cómo imaginar que alguien pudiera tomarlos en serio? ¿Cómo prever que, una mañana, cuando estaban ya apalabrados nuestros pasajes de ida y vuelta con la China Airways, cuando todos los adioses habían sido pronunciados y sólo nos quedaba ya subirnos al aeroplano y surcar los cielos rumbo al Oriente, iba a Flora a ocurrírsele poner por obra su nuevo plan?

Ni me avisó siquiera. Luego me enteré de su intempestiva visita al padre Arregui, acompañada de un policía, instando al jesuita a que le devolviese a su hijo. Ya con Fede en su poder, la vieron correr como loca hacia la Embajada. Allí, hincada ante el agregado cultural, arrasada en lágrimas, manifestó a voz en grito sus deseos:

—Yo quisiera —le dijo al agregado— que mi hijo se quedara con ust...

Pero nada más iniciada la frase, otra novísima idea se apoderó de mi Flora. Hay ideas estrictamente intelectuales, desprovistas de emoción, ajenas al uso de los sentidos. Son ideas del tipo «el todo es mayor que la parte», o «no hay cosa que pueda ser y no ser a un mismo tiempo», etc. La nueva idea de Flora, sin embargo, no era de esa clase, porque en ella se veían comprometidos otros muchísimos elementos de índole irracional: deseos, sueños, idolatrías, frustraciones pasadas y presentes, deformaciones anímicas producidas por el mal de la sordera.

En resolución, que Flora, abrazándose a las piernas del agregado, le propuso una vida en común, unidos ambos en natural himeneo, en compañía del absorto Federico.

El chino parecía haber estado esperando desde siglos aquella declaración de amor y aquella paternidad recibida. ¿Sería su incondicional conformidad con la disparatada propuesta de Flora una parte de sus obligaciones diplomáticas? Eso no lo sabré yo jamás.

Sólo sé que Flora, sirviéndose del teléfono, me contó la escena a trompicones y me pidió, como último favor de amigo, que la perdonara y que me presentase en la Embajada inmediatamente. Colgó antes de que yo pudiese contestar nada. Al fin y al cabo, hubiera sido incapaz de oír mis palabras.

Cuando llegué al edificio, me recibieron a la entrada siete cabezudos vestidos con azules kimonos de seda, esgrimiendo ardientes teas en la penumbra del portal.

—La boda ya empieza —me dijeron.

Entré en el salón cuando Flora y el agregado pronunciaban sus síes, lo que me permitió dar fe, con mi firma, de que la ceremonia se había consumado. También Fede actuó de testigo. Flora me pidió un favor más, pero éste no se lo hice. Hubiera sido demasiado acceder a su demanda y acercarme al aeropuerto al día siguiente para decir adiós al trío y desearles buen viaje. Así que a la hora en que el avión de Pekín tenía su salida, procuré yo estar ocupado con otras cosas, tratando de no imaginar el despegue suave y poderoso del aparato que se llevaría a Flora (y a los suyos) tan lejos de mí. Y para siempre.

CARLOS MELLIZO
P. O. Box 3603
University of Wyoming
LARAMIE, WY 82071
USA